

MACBETH

ESCENA IV – Un salón en el castillo de Macbeth. Una gran mesa de festín, ahora desordenada y llena de restos. Un trono al fondo. Es de noche.

(Aparecen LADY MACBETH y MACBETH. Ella intenta ordenar una copa volcada. Él está de pie, inmóvil, mirando fijamente un punto vacío)

LADY MACBETH: El banquete ha terminado. O ha huido, más bien. Tus invitados han partido con el sigilo de los ladrones. ¿Qué demonio te poseyó, Macbeth, para hablar a sillas vacías y brindar con fantasmas?

(Macbeth no responde. Sigue mirando el vacío. Lentamente, su mano se eleva para señalar.)

MACBETH: ¿No lo ves? Ahí. Entre el dosel y la antorcha. Su cabello aún empapado del rocío del bosque. Sus heridas... como bocas que me gritan.

LADY MACBETH *(con furia contenida):* ¡No hay nada! ¡Sólo hay humo y la cobardía de tu propia mente! Tú, que partiste el cráneo a un rey, ¿tiembles ante una sombra de tu invento?

(De repente, el escenario se ilumina de otra manera. En el espacio que Macbeth señala, aparece la Sombra de BANQUO. Pálida, silenciosa, con el atuendo destrozado. Mira a Macbeth con reproche eterno. Sólo Macbeth —y el público— puede verla.)

MACBETH *(retrocediendo):* ¡Aleja a ese espectro! ¡Que no me mire con esos ojos de mármol! ¡No fui yo! ¡Fueron las manos de otros!

LADY MACBETH *(a los criados invisibles, con voz estridente):* ¡Fuera todos! ¡El rey no se encuentra bien! ¡Es un viejo dolor de la guerra, una fiebre pasajera!

(Los criados no se ven, pero se oye el ruido de su retirada apresurada. La Sombra de Banquo se desvanece. Macbeth se derrumba en el trono, sudoroso.)

MACBETH: La sangre sale a flote. Siempre. Banquo está en el río, pero su paz... su paz está aquí, envenenando mi aire.

(En otro espacio del escenario, iluminado por una luz cálida y lejana, aparece DUNCAN. No es un espectro atormentado, sino una figura serena, vestida de blanco. Está sentado, como en un sueño pacífico. A su lado, MALCOLM, joven y decidido, le habla.)

DUNCAN *(voz apacible, como un eco):*
La traición no triunfa, hijo. Sólo siembra la semilla de su propia ruina. Escocia sangra, pero no morirá.

MALCOLM: Padre, juro por tu sombra y por mi honor que limpiaré esta tierra. Macduff cabalga hacia Inglaterra. Buscaremos alianzas. La justicia, aunque tarde, se calza las botas para marchar.

DUNCAN: Tened cuidado con Macbeth. Ya no es un hombre. Es la ambición hecha carne y hueso... y la carne y los huesos siempre se pudren.

(La visión de Duncan y Malcolm se desvanece. En otro punto, una estancia humilde. LADY MACDUFF está sentada, abrazando a su hijo pequeño. MACDUFF, de viaje, está a punto de partir.)

LADY MACDUFF: ¿Me abandonas? ¿Dejas a tu hijo y a mí, como corderos solos, mientras el lobo ruge en el castillo?

MACDUFF *(atormetado)*: No es huida, es estrategia. Aquí soy una espada en una vaina que todos vigilan. Allí, puedo ser un martillo que forje un ejército. Malcolm tiene razón. Debemos golpear desde fuera.

LADY MACDUFF: ¿Y qué será de nosotros? ¿El escudo de tu honor?

MACDUFF: Seréis mi razón para luchar. Mi juramento de sangre. Si algo os ocurriera... *(Su voz se quiebra.)* No, no pensemos en eso. El cielo os protegerá.

(Macduff la abraza con fuerza y sale rápido, sin mirar atrás. Lady Macduff se queda sola, acunando a su hijo, con el miedo pintado en el rostro.)

LADY MACDUFF *(al niño, en un susurro)*: Tu padre es un hombre bueno. Y en estos tiempos, ser bueno... es una sentencia de muerte.

(De vuelta en el salón del castillo, la luz vuelve a Macbeth y Lady Macbeth. Él se ha levantado. Parece haber recuperado una feroz determinación.)

MACBETH *(con voz ronca, ya sin rastro de locura, sólo de horror frío)*: He visto el futuro en los ojos de un fantasma. He sembrado muerte, y debo segar hasta la última brizna. Si la sangre es el precio del trono, pagaré en ríos. Si la traición es el cimiento, cavaré hasta el infierno.

LADY MACBETH *(observándolo, con una chispa de su antiguo fuego)*: ¿Y cuál es tu próximo movimiento, mi rey?

MACBETH *(acercándose a ella, tomándole la cara con una mezcla de brutalidad y desesperación)*: Asegurar el futuro. Eliminar toda semilla que pueda brotar en mi contra. Los Macduff... su lealtad pende de un hilo demasiado fino. Y los bosques de Birnam... son sólo árboles. Los árboles se talan.

(Se oyen golpes en la puerta del castillo, lejanos, sordos, repetitivos. Como un latido de mal agüero.)

MACBETH *(girándose hacia el sonido, con una sonrisa desprovista de alegría)*: Escucha. Es el sonido del destino... llamando a mi puerta. Y esta vez, no hablaré con fantasmas. Hablaré con fuego y acero.

(Lady Macbeth lo mira. Por primera vez, no ve al hombre que empujó al abismo, sino al abismo mismo con forma de rey. Un escalofrío recorre su espalda. Macbeth sale con paso firme hacia los golpes. Ella se queda sola, mirando sus manos, que empiezan a frotarse de un modo extraño, compulsivo.)

LADY MACBETH *(en un susurro aterrado)*: ¿Qué mancha es esta, que ya no sale? ¿Qué olor a sangre... se ha instalado para siempre en este aire?